

LA EDUCACIÓN INGLESA

Pierre de Coubertin

(Conferencia pronunciada en París en la Sesión del 18 de abril de 1887 ante la Sociedad de Economía Social)

Señores,

Abordando el tema de esta conferencia, mi primer deber es delimitar, en un campo tan amplio, el espacio que especialmente me propongo estudiar. En efecto, no es suficiente limitar mis investigaciones únicamente a Inglaterra. En Inglaterra, como en otras partes, la educación reviste diferentes formas: es primaria o secundaria, privada o pública, general o profesional.

Es cierto que estas diferencias tienen en este país menos importancia que en el nuestro. Por ejemplo: hay principios generales, tendencias idénticas que tienen influencia sobre la manera en que cualquier Inglés, rico o pobre, educa a sus hijos; es lo que hace que el término de Educación Inglesa, tan ambiguo como pueda parecer, tenga sin embargo un sentido determinado y corresponda a un sistema bien definido.

Esta tarde les quiero hablar de la Educación pública, general y secundaria. Pero no iré más allá de la clasificación y no adoptaré la cuádruple división del Sr. Dupanloup: educación Religiosa, Intelectual, Disciplinaria, Física.

No hay nada más contrario al espíritu de la Educación Inglesa; la religión ocupa un gran lugar, pero un lugar a parte; la disciplina se entiende de ciertas reglas de orden interior, eso es todo. Lo que el eminente obispo de Orléans encuentra tan necesario en los colegios Franceses, los Ingleses lo apartan por peligroso y contra-natura. Rechazan esta reglamentación de todos los momentos que exige la práctica de la obediencia, una virtud tal como virtud y que jamás hicieron mucho caso, ni siquiera comprender la esencia. Apartan particularmente la disciplina preventiva, que sus instintos niegan casi absolutamente a admitir (particularidad que encontramos de una parte a otra de la Escala Social) en el gobierno como en los colegios.

En cuanto al desarrollo físico, no únicamente ocupa un lugar extremadamente importante en su sistema, sino que reacciona sobre todo al conjunto y tiene un papel moral muy eficaz.

(Pronunciaré sin duda las palabras “Educación Social”. En Francia, no tienen un sentido bien definido; en Inglaterra, responden a la meta que se proponen los

maestros de la juventud, que es hacerles entrar de lleno en el mundo, sin sacudidas y acostumbrarles desde la infancia a la vida social. En fin...)

Una última observación preliminar: los colegios de los cuáles voy a exponer el plan de educación y de los cuáles daré el detalle, pasando por una visión del conjunto, son las “*public schools*”: Harrow – Rugby – Eton – Winchester, etc... Después hay una categoría de escuelas Católicas cuya organización es sensiblemente diferente.

Por fin, están las escuelas pequeñas – las cajas, como diríamos - en las cuáles uno o dos profesores, siempre instalados en el campo, reúnen una quincena o más de niños pequeños cuyos padres tienen que separarse antes de que tengan la edad de entrar en las “*public schools*”.

(Pero en esos establecimientos, es siempre el sistema inglés el que predomina: me esforzaré para trazar ante ustedes, a grandes rasgos, los caracteres fundamentales)

I

Enseñar no es educar. Entre “*la enseñanza que da conocimientos, provee el espíritu y hace sabios, y la educación que desarrolla las facultades, eleva el alma y hace hombres*”, hay una diferencia profunda. Podría pasar por una verdad del Sr. De la Palice si de nuestros días, en Francia, una deplorable confusión no se hubiese establecido entre estas dos nociones; lo hemos podido decir ayer, lo podemos repetir mejor hoy, “*la Enseñanza es todo, la Educación, nada*”.

Sin embargo el fin supremo de los maestros ingleses, es hacer hombres y conducirlos a que se instruyan ellos mismos; carácter y un buen método, esa es su meta. No obstante, sería erróneo creer que este principio les lleva a descuidar el trabajo; pero la extrema diferencia que reconocen entre la enseñanza y la educación hace que la una esté separada de la otra, que no caminen juntas, que no estén sobre todo igualmente repartidas en los diferentes periodos de la vida. Sin duda desde la más tierna infancia, los pequeños ingleses se entregan a los encantos del aire libre; su audacia es proverbial; quién no se acuerda de ese cuadro encantador en el cuál el Sr. Taine representa a un niño montado sobre un poni, pasando ante un toro de mala mirada, y grita a sus hermanas mayores “*Hola, jovencitas, no tengan miedo y pónganse detrás de mí.*”

En lo posible, se les educa en el campo y en todo caso se les anima para que les guste el ejercicio físico. Pero entre 8 y 12 años, trabajan mucho. Hice ver en otra parte lo serios que eran los exámenes de admisión a las *public schools* (la edad de admisión es normalmente de 12 o 13 años) y, por otra parte, si se comparan esos

programas a los que se presentan 6 o 7 años más tarde a los candidatos universitarios, nos extraña ver lo poco que los alumnos deben aprender en ese intervalo de tiempo. El caso es que tras el primer periodo de enseñanza en el cuál había que aprovechar el espíritu abierto y descanso del niño para inculcarle las nociones fundamentales de saber todo, al igual que para acostumbrarle al trabajo, viene un periodo de Educación de otro forma muy importante, porque es decisivo y su resultado irreparable, sobre todo porque encierra esta crisis que llamamos la edad del pavo, pero que le damos – no sé, mucho por qué – menos importancia que nuestros vecinos.

He aquí pues el niño en una *public school*; ¿qué viene a buscar? Thomas Arnold va a decérselo. Este gran hombre que murió en 1842, Head Master de la Escuela de Rugby, al frente de la cuál se mantuvo 14 años, puede considerarse como el padre de la Educación Inglesa actual. Muy criticado en su vida por el clérigo anglicano al cuál pertenecía y que le reprochaba su campaña a favor de la emancipación de los católicos, ha sido tras su muerte admirado universalmente y el silencio todavía no se ha hecho sobre su tumba. Fue una gran figura y se le puede mirar como el padre de la Educación Inglesa actual. Ha sido el primero en adoptar y aplicar los principios que forman la base. En la recopilación de su correspondencia, se pueden leer la siguientes citas que dicen mucho más que cualquier desarrollo: Decía, *quiero formar Christianes Gentlemen; mi meta en enseñar a los niños a gobernarse ellos mismos, que es mejor que gobernarles bien, yo.*”

Palabra profunda, digna de ser meditada por aquellos que quieren gobernar a los compañeros como autócratas con mano de hierro. El Dupanloup de Inglaterra les recuerda que se equivocan sobre el carácter de su misión que no es formar esclavos, pero sí maestros. Maestros soberanos que, bien antes de que la ley lo reconozca, se encuentran libres para usar y abusar de lo que les está sometido. Esperar sustraerles esta soberanía y tentarles, es peligroso.

El hombre debe estar, aquí abajo, aislado, sentirse solo con él mismo, conocer su potencia y lo más pronto posible estar en presencia de la responsabilidad pesada que es el contrapeso de todo poder. ¡Así pensaba Arnold! Un día en que hubo disturbios, se expulsaron a varios alumnos y hubo descontentos en las filas, ante todo el Colegio, pronunció estas palabras que se hicieron famosas y que son todo un programa: “*No es necesario que haya aquí 300, 100, ni siquiera 50 alumnos; pero es necesario que únicamente haya Christians Gentlemen.*”

Este pasaje tuvo relación con un error de la opinión pública entonces extendida en Inglaterra como lo es hoy en Francia. Entonces se consideraban los colegios como instituciones destinadas a corregir los elementos malos; detestable concepto que no puede hacer de un colegio más que un correccional y en

consecuencia un hogar de podredumbre para los niños que allí residen. Este sentimiento era tan general que si no se trataba de faltas capitales, los padres reconocían un tipo de derecho a sus hijos para no ser expulsados del colegio. Esa no era la forma de ver de Thomas Arnold que escribió en algún sitio que “*el primero, el segundo y el tercer deber de todo director de escuela era liberarse (get rid) de elementos estériles*”.

Las expresiones son dignas de observación : no es expulsar, es liberarse, y el adjetivo *unpromising* no restringe la aplicación de esta medida a los que se han hecho culpables de algo, pero a todos los que no se han aprovechado de su estancia en el Colegio, porque si no lo aprovechan, impiden también a los demás de aprovecharlo. No es pues siempre un castigo, pero es a menudo una simple advertencia, una oración a los padres para que recojan a su hijo. Esto responde a una idea muy británica que es la de selección; en la orden física como en la de orden moral, es siempre la élite que se tiene en consideración, porque una falange poco numerosa pero realmente superior rinde infinitamente más que una mediocridad muy extendida; también todo tiende a dar a los que ya tienen, como en el Evangelio.

A los ojos de los ingleses, la vida de colegio no es admisible si no es la continuación de la vida de familia; coger un niño, encerrarlo con otros niños, aislarlo totalmente de toda comunicación con los suyos y con el mundo exterior, es para ellos una monstruosidad. Hay que rodear a los colegiales de toda la comodidad posible, vigilar que no pierdan las costumbres de la buena sociedad, que no descuiden ningún cuidado higiénico y hasta del refinamiento del cuál han sido rodeados en su infancia.

En las *public schools*, y es este el principal punto de diferencia con las escuelas de congregaciones, los alumnos están diseminados entre los profesores, los cuales tienen entre diez y treinta, si son demasiados para cenar con él cada día, les invita por lo menos a tomar el té. He llegado a sentarme en sus mesas; el servicio es perfecto, la comida sencilla, pero excelente; no se entra en fila, no se come con acompañamiento de lectura pía y no se mira a los extraños boquiabiertos porque se tiene la costumbre de verles, se sabe ser educado y hacer bien los honores.

En Exon (subrayo estos pequeños detalles porque me parecen que tienen importancia) me acuerdo de una de las casas llamadas *boarding houses*, de haber llamado a la puerta de un chico que conozco, acompañado de la hija del profesor que entró conmigo y mantuvo una pequeña charla; mi joven huésped volvía del cricket y tuvo la extraña idea de lavarse las manos y la osadía de pedir agua caliente, ¡encima! Eso es, lo que se diría, costumbres muy afeminadas. ¿Qué

quieren? Los Ingleses se han dado cuenta que, cuando no se daba agua caliente a los niños, los niños no se lavaban, eso es todo.

Ya se dan cuenta, Señores, de los principios de los cuáles los maestros se guían y de la meta que se proponen alcanzar; ustedes ven como hacen una profunda distinción entre la enseñanza y la educación, qué predominio dan a la una sobre la otra; hay en ellos una tendencia manifiesta hacia la formación del cuerpo y del carácter; es ese el objeto constante de sus preocupaciones como también hacer de la vida del colegio el prólogo de la vida mundana, evitar así toda reacción lastimosa en el paso de una hacia la otra.

II

Dos cosas dominan en el sistema inglés, dos cosas que son al mismo tiempo los medios de rellenar este programa: la libertad y el deporte.

El camino que recorre el niño francés para llegar a la emancipación está rodeada de murallas entre las cuáles la mirada es prisionera, y estas murallas cesan súbitamente. Los ingleses, al contrario, procuran apartar toda limitación; en el momento psicológico cuando el adolescente se hace hombre, una pequeña barrera le indica el peligro del precipicio; porque es un hecho que allí, si los escolares son más libres, los estudiantes son menos libres que aquí. Pero para ellos es importante no esconder jamás el mundo a los niños; ¿además esconder el mal no es subrayarlo?, al igual que poner una cortina sobre una pintura desnuda ¿no es hacer que los niños la levanten y así darles la noción de lo prohibido?

La educación debe ser, lo repito, el prólogo de la vida. El hombre será libre; el niño debe serlo también. Se trata únicamente de enseñarle a usar su libertad y a entender su importancia. Todos los que han visitado los colegios ingleses, no solamente ubicados en pleno campo, pero en las ciudades muy pequeñas que forman el centro, han podido ver un espectáculo curioso: el de todos esos niños, mayores y pequeños, pasando en cuadrillas, cruzando las calles, entrando en las tiendas, o bien corriendo por el campo; jamás de uniforme, eso huele a cuartel; pero de hecho todos están vestidos igual, lo que demuestra lo poco que les importa la elegancia de su ropa.

Libertad para el cuerpo, libertad para el espíritu, libertad para el carácter; libertad en todo. Dando aquí una pequeña muestra de su jornada escolar, les daré mejor cuenta de la libertad que se les da y de la manera que la aprovechan.

La hora de levantarse es la hora de la primera clase; se puede adelantar tanto para estudiar como para pasear; y en verano los muchachos imitan al sol y corren por el campo desde el alba; en todo caso, no hay campanilla para despertarse

bruscamente, como tampoco este infame cuarto de hora irónicamente destinado al aseo, el cuál se realiza mojando las puntas de los dedos en un pequeño platillo. A los Ingleses no les gustan los dormitorios comunes, no únicamente por razones de higiene, pero porque piensan que la soledad y la propiedad son dos potentes medios de educación; la eterna frecuentación de compañeros que imponemos a los niños con el pretexto falaz de lo que es la vida – y nada es más falso – les pesa más lo que se pueda decir; en cualquier parte donde la emulación pueda salir del agrupamiento, se les agrupa con ventaja: para las clases y para los juegos; en el estudio o en el dormitorio: la emulación ya no significa nada. Es por eso que la mayoría de los pequeños Ingleses tienen su propio dormitorio, o, es lo mínimo que se les ofrece, un pequeño retiro donde trabajan; los dormitorios comunes están formados de compartimentos separados que pueden dar, hasta cierto punto, la ilusión de soledad.

En el colegio, los chicos viven así rodeados de pequeños objetos que les recuerdan (constantemente) el *home* y la familia; les gusta decorar su pequeña habitación: en las paredes, se ven los retratos de sus padres, de sus amigos (cuadros), grabados de caza; a menudo hay flores, bonitas baratijas, panoplias... Es ahí que hacen los deberes cuando les parece bien; los deben entregar a la hora indicada, eso es todo. Este santuario es casi inviolable; el maestro cruza el umbral lo menos posible y más como visitante que como vigilante.

Las clases se efectúan en tres horas fijas; les toca a los alumnos presentarse con exactitud; no van en fila ni al sonido de la campana.

¿Es necesario hablar de la libertad de los juegos? ¿Ésta es completa? Jamás el cricket, el *lawn-tennis* o el *football* han sido impuestos y jamás colegiales británicos han tenido que formular la extraña reclamación anotada por el Sr. Dupanloup: “*Si usted supiera, Sr. Superior, como nos molesta divertirnos así.*”

No puedo entrar en la enumeración, un poco por falta de interés, en todos los géneros de recreos entre los cuáles pueden elegir; pero siempre he visto más juegos al aire libre, piscina climatizada para la natación, gimnasios, salas para el boxeo, frontón y talleres donde se pueden iniciar en los misterios de la carpintería y otros trabajos manuales. Nada de eso está reglamentado en cuanto a horas. Añadiré que las barreras están siempre abiertas y los paseos en el campo siempre posibles. Y por la noche, cuando entran en su habitación para catar el reposo bien ganado, no está prohibido sentarse en la mesa para repasar una lección o escribir una carta a la luz de la vela sobre la cual no tenemos porque soplar en un momento preciso.

Esta libertad tiene dos corolarios indispensables: la responsabilidad y la jerarquía o la vigilancia de los alumnos por ellos mismos. Por responsabilidad entiendo el inevitable castigo o el inevitable gasto a los cuáles se exponen los

autores de una mala acción sin que su arrepentimiento o su actitud puedan cambiar nada. El castigo puede ser un *pensum*, pero es corporal cuando el caso es un poco grave. Para hacer comprender cuanto las varas son populares, ¿hace falta recordar a esos jóvenes que se rebelaban entonces porque podían suprimirlas de su horizonte? Lejos de considerarlas infamantes, se las mira como un concurso de coraje, teniendo el paciente que aguantar mucho sus lágrimas o sus gritos.

En ciertos colegios de congregación, se ha sustituido este medio de represión tradicional por férulas, golpes bastante violentos en los dedos o en las manos. Eso es más cómodo para el verdugo pero el invento es poco afortunado; no son las manos, siempre fácil de estropear, que hay que elegir... No insisto, pero hay castigos de otra clase, igual que los premios de los concursos que conllevan pequeñas sumas de dinero, el sistema de multas se practica mucho, sobre todo si se trata de un daño reparable pagando. Si un alumno se endeudaba un poco y que sus padres se negaran a sacarle de este mal paso, no tenían dudas en forzarle a vender sus baratijas y sus grabados para así conseguir la cantidad necesaria.

El niño aprende así a comportarse; actúa por su cuenta y riesgo y debe calcular por adelantado el resultado de sus acciones; los consejos benévolos no le faltan a condición que los vaya a buscar; hay a su lado alguien que vela por él, pero dando la espalda; que contestará a la llamada, no la adelantará.

En un colegio no es tanto la falta en sí que es inquietante (*Dios nos preserva de los niños impecables*, decía Fénelon) si no de la manera que puedan contemplarla los compañeros. Entonces, para que la resistencia a la autoridad no sea gloriosa, los Ingleses han pensado que el mejor método era hacer residir a la autoridad o a una parte de la autoridad, en el mismo centro de donde podría venir dicha resistencia; es uno de sus principios favoritos, que únicamente se obtiene la estabilidad haciendo que todas las personas posibles se interesen al mantenimiento de lo que hay. Transportar la aplicación de tal máxima a una sociedad de niños, era sin duda muy intrépido; Arnold, no más que los demás, se ha atrevido y así es como aprecia esta medida,

“No puedo admitir, dice, ni en teoría ni en práctica, el sistema en vigor en nuestras public schools y que tiende a dejar tanta independencia a los niños, a menos que los alumnos de las clases superiores puedan servir de intermediarios entre el maestro y el resto de la escuela, y transmitir así a los demás, por su ejemplo y su influencia, sus buenos principios de conducta, en vez de los principios muy imperfectos que reinan generalmente en una sociedad de niños dejados libres para valorar por ellos mismos el bien y el mal”.

Para él, los alumnos de la *Sixth Form* (el primer grado) y más especialmente los *praepostors* y los *monitors*, o sea los 15 primeros con más poder, eran como “oficiales en el ejército de tierra y de marina” y añadía: “*Cuando tengo confianza*

en ellos, no hay puesto en Inglaterra que quisiera aceptar en lugar de este; pero si no me apoyan, me tengo que retirar". ¿No nos parece escuchar el jefe de un Estado Constitucional hablando de sus ministros?

La autoridad de los *monitors* sufrió variaciones: se ha hecho mucho para detener los abusos del *fagging*, lo cuál originó una especie de esclavitud. Primero, los mayores hoy, entienden mejor sus deberes y abusan muy raramente de su poder. "Su autoridad, me escribía últimamente un profesor de Harrow (hombre muy francés de ideas y de sentimientos), es francamente popular y nuestros chicos se muestran orgullosos de ser gobernados por sus mayores más que por nosotros." Era así aunque tenían que hacer ciertas tareas domésticas por las cuáles recibían de paso unas cuantas bofetadas. A menudo, Señores, han oído hablar (y a lo mejor también lo piensan ustedes) que las vejaciones forman el carácter; allí, se piensa lo contrario que deforman; vejar un niño es dejar morir una planta joven e impedirle crecer; vejar un niño es hacerle temeroso o brutal, es dar una gran amargura a sus recuerdos, es sobreexcitar peligrosamente sus nervios. Esto no es una idea preconcebida, es el resultado de una experiencia: el *fagging* del cuál les hablo era una escuela de vejación. Sencillamente se podrían haber suprimido; muchos profesores deseaban verlo desaparecer. Pero había en ellos lo que hay en el Estado en relación a la iniciativa privada: el temor de meterse como intrusos interviniendo. Un decreto es bueno para consagrar un remedio ya empleado saludablemente más que para prescribir su uso. Quedaba entonces la opinión pública, con esta presión lenta y perseverante que nada para, ni nada desanima. Es así que se ha procedido y se ha conseguido.

He tocado, ahí, un punto importante; el poder de la opinión pública. Es un poder del que se sirven los maestros y que no quieren en absoluto restringir, únicamente quieren dirigirlo para facilitar su tarea. Estos colegios ingleses son verdaderas empresas, con sus leyes, sus prejuicios, sus rasgos característicos, les diría también que el honor tiene su código al cuál vale más no desobedecer, el combate con los puños es la forma usual de los niños ingleses de arreglar sus peleas, entiendo peleas serias, las que salen con un ojo morado o una nariz en mermelada para que el honor esté satisfecho. Los combatientes tienen además la satisfacción de ser castigados, estos duelos estaban prohibidos; pero por lo menos han boxeado ante las miradas de sus compañeros y de sus testigos, sin faltar a ninguna de las costumbres solemnes consagradas por el tiempo en las mismas circunstancias; tal es la fuerza de la opinión pública; les dejo decidir si es un bien o un mal y me limito a comprobar el hecho que explica además la existencia de una libertad tan grande.

He hablado hasta aquí únicamente del punto de vista físico, material; también está el punto de vista intelectual y el punto de vista religioso; al lado de la libertad de ida y vuelta, está la libertad de pensar y la libertad de rezar; no me

gustaría tratar en detalle un tema que he apartado voluntariamente y me limitaré a decir unas palabras sobre las principales particularidades de la enseñanza, del método de enseñanza.

No es como en Francia, una escala en la cual el alumno sube un peldaño al año; hacen falta una serie de puntos para pasar de un grado a otro y exámenes que tienen lugar dos o tres veces al año para determinar y regular el paso, lo que hace que un chico inteligente y trabajador puede avanzar más rápido que los demás. Es el inverso de esta concordancia que hace que nosotros podamos estar por delante sobre un punto, en atraso sobre otro; no existe, por poner un ejemplo, un programa de historia especial para quinto diferente del de sexto: la historia forma un todo y los niños de diferentes edades siguen las mismas clases. Casi por todas partes, ahora los estudios están divididos de manera a dar preponderancia sea al clásico, sea al científico; las clases son más bien conferencias; los deberes se dan para un cierto tiempo que permite trabajarlos más y darles un sello personal; por fin, los profesores les gusta que sus alumnos les cuenten los libros que les obligan a leer y sobre los cuáles deben formarse una opinión; se tratan las inteligencias como los caracteres, como los cuerpos con respeto y seriedad.

Los “*Debating Societies*” no son las particularidades menores de este sistema; son, ustedes lo saben, asambleas donde los usos parlamentarios se siguen escrupulosamente y donde se ejercita la palabra; las hay en toda la extensión del Reino Unido, en las ciudades más pequeñas; las hay también en las colonias, y Mr. De Hubner cita un colegio hindú donde encontró a los estudiantes discutiendo bajo la dirección de sus maestros ingleses... ¿saben ustedes? A que no lo aciertan... ¡No sería mejor para la India sacudir el yugo de Inglaterra! Hay que oír las discusiones para hacerse una idea de la libertad de opinión tolerada.

Arnold crea en Rugby una revista cuyos artículos están hechos por alumnos del colegio y alguna vez por estudiantes de último curso; este ejemplo se siguió por todas partes; no había ni un colegio que no tuviese su fascículo semanal o bimensual. ¿Ven ustedes a nuestros retóricos admitir que se impriman sus elucubraciones en un periódico? ¡Pues no! Allí parece sencillo, y en efecto lo es, porque la censura no está siempre forzada a intervenir. Una tal libertad de opinión chocaría en Francia porque produciría divergencias en las familias; allí estas divergencias no enturbian para nada la paz del hogar; el padre, el más conservador no se indignará por oír decir a su hijo que de los bancos escolares saca la fe radical. “Mi chico es *home-ruler*, me decía un Irlandés, adora Gladstone, yo lo odio” (La mayoría de las veces es lo contrario; el colegio en Inglaterra es una escuela de conservadurismo).

Al lado de las opiniones políticas vienen a juntarse las creencias religiosas que se benefician también de esta gran tolerancia; pero este hecho es debido, sobre

todo, hay que decirlo, a la naturaleza del culto protestante, culto muy elástico que se acomoda a las actitudes más diversas. No todos los niños tienen porque hacer la primera comunión o el acto que corresponda; ahí el ministro tiene algo que conquistar; lo que Arnold llamaba “una partida de ajedrez con Satán”.

Me parece que en Francia se hacen muchas ilusiones sobre ese punto. El otro día todavía leía en una Revista de Educación, esta frase: “*Inglaterra donde la educación está todavía basada exclusivamente en la enseñanza religiosa*” El que la ha escrito no sabe cuánto está atrasado. Los Ingleses no paran de hacer reformas; más eficaces que las nuestras, sin embargo son menos ruidosas porque no es el odio que las dicta. Pero es cierto que ahora la religión está a parte de la Educación. La enseñanza religiosa se reparte cada domingo a los alumnos de los cuáles se exige por lo menos atención y un comportamiento respetuoso. Generalmente los disidentes no manifiestan su deseo de ver a sus hijos abstenerse de aparecer, pero cuando lo hacen, su voluntad es fielmente respetada. En cuanto a los católicos, no frecuentan estos colegios, no porque encontrarían una traba al ejercicio de su culto (únicamente en las pequeñas ciudades no hay capilla católica), pero sobre todo porque temen la influencia del espíritu protestante forzosamente reinante.

III

Señores, ahora voy a lo que me parece la más digna observación en la educación inglesa; quiero decir al papel que tiene el deporte. Este papel es, a la vez, físico, moral y social y tenemos un doble motivo para considerarlo aquí, porque creo, que si algunas reformas pueden esperarse en nuestro sistema, es únicamente por ahí que podrían introducirse; me parece también ver dibujarse una corriente en ese sentido que se podría utilizar muy ventajosamente.

El deporte, es el movimiento y la influencia del movimiento sobre los órganos; es una cosa cuya evidencia se ha manifestado en cualquier época; la fuerza y la habilidad siempre han sido apreciadas por los pueblos salvajes y por los civilizados, y se obtienen, la una y la otra, por el ejercicio y la práctica. El acertado desarrollo de las cualidades físicas produce generalmente un acertado equilibrio en el campo moral: “*Mens sana in corpore sano*” decían los antepasados.

Pero tengo que cuidarme de las generalidades y acantonarme exclusivamente en el terreno inglés que ha sido el que he elegido. Pues nada a mi parecer podría dar una idea de lo que es, el sentimiento público, con respecto, a este pasaje extraído de un romance que tuvo mucho éxito y donde el mundo escolar está bien descrito. Abro un paréntesis para citarlo; he hecho un esfuerzo para traducirlo lo más exacto posible, pero la dificultad era extrema, porque el pensamiento del autor no tiene equivalente en francés y me temo que las palabras que emplea no tengan

bastante eco en nuestros espíritus. Este capítulo se intitula: “*Muscular Christianity*” lo que quiere decir más o menos: atletismo cristiano.

“En el transcurso de las encuestas a las que me entregué, dice el autor, para informarme sobre el atletismo cristiano, la meta y los medios de sus miembros, he tenido que reconocer que a parte de esta sociedad, existía otra cuyos afiliados tenían solo el nombre de atletas, el punto de semejanza entre las dos es que de una parte y de otra, se considera una gran ventaja tener cuerpos vigorosos y ágiles; pero unos no parecen dudar de porque tienen un cuerpo y lo pasean de un lado al otro del mundo para el servicio de sus intereses o la satisfacción de sus caprichos, en vez que los otros han heredado de la vieja máxima caballeresca que el cuerpo del hombre debe estar bien ejercitado y desarrollado por su dueño para después servir a la protección de los débiles, al avance de todas las causas justas y a la conquista del mundo”.

Y dirigiéndose a su héroe, el autor le lanza aún este apóstrofe conciso y significativo: “*Jovencito, pertenece a un ejército cuyo signo de reunión es temer a Dios y hacer 400 (100) kilómetros en 400 (100) horas”.*

Es cierto, una asociación de ideas en la cual el deporte está tratado con honor puesto que se encuentra al mismo nivel que el temor por Dios. Poner puños sólidos al servicio de Dios es una condición para servirle bien; hacerse con una salud vigorosa es una necesidad para tener una existencia plena; porque perdemos tiempo estando enfermos, y el tiempo es dinero; en cuanto a la recomendación evangélica de poner la mejilla izquierda cuando te dan una bofetada en la derecha, está muy poco practicada y se ha sustituido por la siguiente que es el lema del Reino Unido: “*si usted pega, yo pego”.*

Me parece que son las ideas corrientes sobre el papel de la fuerza física y del deporte en este mundo, y si estas máximas no están siempre tan francamente formuladas, es porque duermen en el fondo del cerebro de todo inglés que sabe encontrarlas cuando las necesita. – Volvamos a la educación.

Thomas Arnold, que pido permiso para que vuelva otra vez a escena, se hizo la siguiente pregunta: “*¿Podemos apresurar la transformación que se hace de un niño a un hombre, sin por ahí, correr el riesgo de aplastar sus facultades físicas e intelectuales?*” – y esta pregunta le ha atormentado durante mucho tiempo. Sentía perfectamente que un niño debe pasar por un periodo crítico, y estaba seguro de que las *public schools* tenían la ventaja de poder adelantar este periodo. A sus ojos, nada peor que el espíritu tomase adelanto sobre el cuerpo; la inteligencia, cuando se desarrolla, tiene que encontrar un envoltorio amplio que pueda contenerla y resistir a su expansión; el niño tiene que ser niño aunque tenga un cuerpo de hombre (que se acostumbre a servirse de sus miembros robustos antes de poder abrir su inteligencia al mundo exterior). En una palabra, hay que apresurarse en

hacer moralmente y físicamente un hombre de este niño que tiene malos instintos, pasiones que le asaltarán; cuando fuera, el mundo que le rodea entrará en él. Hay que darle músculos y una voluntad prematuros lo que Arnold llamaba “*True manliness*” = iniciativa, insolencia, decisión, costumbre de contar con uno mismo y echarse la culpa a sí mismo en caso de caer...Todas las cualidades que no se recuperan y que es más importante cultivar desde la primera infancia, que afanarse a meter, en los jóvenes sesos, nociones científicas que a menudo, no se quedan, justamente porque se han metido demasiado pronto.

¿Cuál es el efecto de esta preocupación? ¿Cómo se pone en práctica tales principios y sobre todo, cuáles son los resultados obtenidos? Es lo que conviene preguntarse. Estoy tocando aquí un tema extremadamente delicado; las expresiones demasiado netas están prohibidas y alguna vez el término que convendría es justamente el que no hay que emplear; por eso, estaría muy agradecido que se me comprendiese a media palabra. Toda aglomeración de hombres constituye un conjunto de vicios y de corrupción, y los niños son grasa de hombres. Nos quejamos en nuestros internados de los trabajos demasiado penosos, de la atmósfera que no es lo bastante pura, de los cuidados higiénicos que están demasiado descuidados; estos no son más que lagunas lamentables, pero esto no es todo; hay peor que todo esto; está el peligro constante que representa la vida en común. Entonces, Señores, les parece a lo mejor que este peligro está apenas conjurado por el sistema inglés que les estoy exponiendo; es verdad dirán ustedes, que el aire puro del campo, una moderación sabia en el reparto del trabajo, el respeto sin igual de las leyes del higiene, dan a los niños excelentes condiciones materiales, físicas; pero por otra parte, la falta de vigilancia y el abuso de la independencia deben acrecentar los inconvenientes de la frecuentación. Si no hay nada, si estos inconvenientes, al contrario, son más raros y sus alcances aminorados, es por un motivo general y poderoso, que es importante conocer. Ahí hay un hecho que constatar y una causa que buscar. Por lo de la constatación, la prueba principal reside en el testimonio de los hombres cuya posición en el colegio y una larga experiencia ponen en condiciones de apreciar, mejor que cualquier otro, la moralidad de los alumnos.

La práctica ya larga del sistema actual de educación no ha dado más que buenos resultados; son las *public schools* que han llenado las universidades de Oxford y de Cambridge, de jóvenes cuya conducta, ha sido homenajeadada por el Sr. Taine, he aquí una prueba (en cuanto a los profesores cuya palabra tiene tanto peso en esta materia, a todos los que he preguntado han sido unánimes en sus respuestas; después de haber declarado que no tenían más que alabarse de la situación en relación a las costumbres, todos han reconocido que el deporte era la causa), pero lo principal reside en el testimonio de los hombres cuya posición en el colegio y una larga experiencia permiten apreciar mejor que nadie la moralidad de los alumnos.

Pues bien, a todos los que he preguntado sobre este asunto, han sido unánimes en sus contestaciones, no tenían más que alabarse en cuanto a las costumbres y declaran bien alto que el deporte es la causa, que su papel consiste en pacificar los sentidos y en adormecer las imaginaciones; en parar la corrupción allá donde nazca aislándola, impidiéndola expandirse, en fin en armar la naturaleza para la lucha. Reconozco que primero acogí estas declaraciones con un poco de incredulidad, no entendiendo que todos los alumnos de un colegio, sin excepción, puedan encontrar en los ejercicios físicos, a los cuáles se entregan, el mismo medio de preservar. Pero la extrema variedad de estos ejercicios y el alto favor de los cuales están rodeados explican este fenómeno. Ahí pasa todo el ardor, toda la exuberancia de la juventud; excepto de perecer de aburrimiento y de aislamiento, hay que entregarse completamente y las naturalezas excepcionales que no pueden obedecer a esta ley están forzadas a abandonar la lucha.

Los espíritus como los cuerpos perpetuamente ocupados por esta pasión les arrastra y les subyuga, y esto está, lo repito, fomentado al máximo. Los ingleses creen en la necesidad de un entusiasmo a esta edad; pero piensan también que no es fácil, aunque sea bueno, de llevar a los niños a entusiasmarse con Alejandro o César; les hace falta algo más vivo, más real, más tangible. El polvo olímpico es todavía lo que excita mejor y más naturalmente su emulación; persiguen voluntariamente distinciones en las cuáles ven hombres hechos, mostrarse orgullosos de pretender ¿Esto perjudica al trabajo, no solo por el tiempo que hay que consagrar, pero por la preocupación, el pensamiento constante que resultan del carácter de torneo dado a los juegos?

Se ha dicho que la vida del pensador y la del atleta eran el opuesto la una de la otra. Por mi parte, he observado, a menudo, que los que eran de los primeros en los ejercicios físicos, también lo eran en sus estudios; la preponderancia sobre un punto da el deseo de ganar velocidad en todos los puntos y ser el primero en todo, no hay nada como para vencer la costumbre de la victoria. Y luego por fin, si es así, muchos ingleses les dirán que uno se puede rehacer intelectualmente pero que no se puede rehacer moralmente y que por consecuencia la enseñanza, según ellos, debe ceder el paso ante la moral. Eso no es la opinión de un colegio moderno que reclama la subida del nivel de estudios en perjuicio del deporte.

El deporte – para terminar con su influencia sobre la moral – todavía tiene el efecto de exaltar el coraje; hay que darse cuenta que los jóvenes no siempre se quedan con esta benéfica y deliciosa fatiga que prueban de este oficio de aficionados; hay entrenamientos muy duros, sufrimiento real, peligros enfrentados con despreocupación y sangre fría; es un concurso de energía y un concurso constante; no hay nada que moje tanto las almas; demasiado a lo mejor, porque la energía puede degenerar a veces, en dureza y brutalidad; es el reverso de la moneda.

Los juegos también ofrecen un terreno perfecto de educación social; su organización se apoya totalmente en los alumnos que forman entre ellos asociaciones; se financian, eligen a sus jefes y les obedecen con un espíritu extraordinario de disciplina.

El presidente de un club tiene como misión ajustar los partidos y brindar (en los banquetes); el secretario convoca y el tesorero rinde cuentas a la junta general...todo un embrión de sociedad.

No solamente hay que renovar el material de los juegos y mantenerlo, también se construyen elegantes pabellones con un salón y un vestuario; todo esto se toma muy en serio, se lo aseguro, y la forma de funcionar de estas asociaciones demuestra en los organizadores un buen sentido y una razón que los colegiales no serían capaces.

La revista del colegio publicada por los alumnos contiene todos los elementos deportivos y el detalle de enfrentamientos gloriosos (de cricket, de *lawn-tennis* y de fútbol) contra los representantes de los colegios rivales.

IV

Señores, he procurado al principio de este trabajo, exponerles la meta perseguida por los maestros ingleses, pasando después a los medios empleados para alcanzar dicha meta, he indicado dos principales: la libertad y el deporte. Se han podido convencer de que estas dos palabras encierran, ellas solas, todo el sistema.

Ahora me queda completar lo que ya he podido decir en el transcurso del discurso sobre los resultados obtenidos, tanto buenos como malos.

Primeramente hay que señalar la ausencia de reacción. Todos han observado muchas veces, Señores, la explosión exuberante que manifestamos, nosotros Franceses, al salir del colegio; parece una salida de la cárcel y los que se escapan y no se dirigen inmediatamente a las escuelas del gobierno, se apresuran a poner sus libros de lado para saborear mejor la felicidad de la libertad; no más limitaciones perpetuas, no más identidad de pareceres con los compañeros constantemente...al fin se respira. Cuántos se emborrachan de estas primeras bocanadas de aire puro; y a parte de los que caen, cuántos alumnos buenos sobre los cuáles se habían puesto esperanzas se adormecen en un dulce “farniente” de donde nadie les puede sacar; son fracasados, hombres inútiles. Si algunos vuelven otra vez a sus libros, es después de un periodo muy largo que representa mucho tiempo perdido y muchas cosas olvidadas.

Esto es tan verdad, Señores, que se apresuran a empujar a sus hijos a una carrera cualquiera, y si les contestan: “*Haré una*” esta palabra les inquieta porque temen la reacción. No creen en las carreras que se hacen a si mismo porque en Francia la buena voluntad se para en el camino, falta de muelle.

Pero en Inglaterra, es la regla general. El ejército, la marina, la diplomacia, el magisterio, tienen pocos de esos niños que han sido educados en las *public schools*; los otros, los que salen de la escuela con lágrimas en los ojos, trabajan cada vez más; el buen tiempo se ha acabado; el tiempo del deporte en exceso; ahora es el esfuerzo constante; hay que llegar. Algunos buscan durante mucho tiempo su camino; pero terminan por encontrarlo; y además están las colonias, esta carrera de expatriación tan bien hecha para los Ingleses, que vayan donde vayan, se llevan el *old England* con ellos. Cuando se es *squatter* en Nueva Zelanda o plantador en América, se encuentra uno bien de haber recibido en el colegio una buena educación física y moral; los músculos y el carácter son entonces objetos de primera necesidad. Entonces, Señores, si la principal causa de nuestra impotencia colonizadora reside en nuestro deplorable régimen de herencia, me parece que la educación está también por algo.

El joven Inglés que termina el colegio es ordinariamente dotado de un montón de buen sentido; está familiarizado con las grandes leyes sociales de este mundo, de las cuáles ha visto de alguna manera su reducción, la miniatura a su alrededor y las teorías resbalan sobre él sin hacerle mella; tiene el control de él mismo y sabe comportarse; su memoria está muy armada; su espíritu y su imaginación sobre todo, están muy poco desarrollados pero tiene un buen método para aprender lo que todavía no sabe. Lo que se le ha enseñado es un pedestal bien compacto sobre el cuál podrá edificar todo a su gusto; sobre todo lo cree y nada le obliga a cambiar de ruta. El escepticismo no entra en absoluto en su alma, donde hay, al contrario, mucha ingenuidad y frescura, un buen método para aprender lo que todavía no sabe, y en el alma mucha ingenuidad y frescura. En cambio su sentido práctico encierra a menudo mucho egoísmo, pero este defecto es más imputable a la raza que a la educación. Únicamente el tipo que esbozo en este momento, es un tipo de élite.

Si ustedes conocen a los Ingleses, saben que para el tímido, el débil, el indolente, la vida no es sostenible; en este atropello de la existencia estos son rechazados, tumbados y pateados; se les aparta; no son más que una traba. En ningún otro lugar la selección es más despiadada. Hay dos razas distintas: la de los hombres con la mirada franca, con fuertes músculos, y el paso seguro; y la de los enfermizos con cara de resignación y humilde (del vencido), con el aire de vencido, y bien, en los colegios es como en el mundo; los débiles son apartados: el beneficio de esta educación se aplica únicamente a los fuertes.

Se le puede hacer otro reproche: es muy costosa. El Sr. Taine estima el gasto medio de un escolar en 5 000 francos, esto es exagerado. El gasto obligatorio en Harrow es de 3 500 francos; hay que contar 500 francos más para el primer año. Rugby es más barato (aproximadamente 15 libras menos), Etan un poco más. Las Escuelas de Congregación no alcanzan estas cifras; en los Jesuitas en Belmont, contando muy generosamente, se llega a penas a 2 500. Esto empieza a acercarse a nuestros precios, y francamente, la digresión vale bien la diferencia que hay entre los dos sistemas. Y además la comparación no puede ser justa puesto que se menciona la duración del periodo de prácticas en los dos casos. En las *public schools* pasan 2, 3 años, o 4 a lo sumo. Y es bastante para los ingleses. En efecto, no hay que olvidar que para ellos la Escuela es el peor de los casos. Si pudiesen pasar, lo haría sin ninguna duda, y únicamente la toleran por las largas vacaciones que permiten a los niños volver en Nochebuena, en Pascua y en verano, a impregnarse de la vida familiar.

Tienen, como saben, el culto del home; ese hogar del que se separan después tan fácilmente, en apariencia, porque saben que es la ley de este mundo, estiman que es la mejor escuela que se puede frecuentar. Los niños se van lo más tarde posible y vuelven periódicamente; ¿Dónde pueden estar mejor hasta que su educación sea completa?

He aquí por cierto un gran número de principios que están en desacuerdo con los nuestros; abra cualquiera de nuestros tratados de educación y verá que más los niños crecen, más tienen que trabajar; que en el colegio, el único medio de preservarles de su inocencia, es no perderles de vista en ningún momento y de poner en práctica el famoso dicho : *nunquam duo – raro unus – semper tres*; que el reglamento debe parecerse a un indicador de trenes, que todo tiene que estar previsto sin dejar lugar a ninguna indecisión, que las cartas tienen que estar siempre abiertas y lo más a menudo leídas antes de entregarlas a los alumnos, quienes por su lado no pueden escribir libremente su correspondencia; busque uno solo de nuestros colegios donde los censores, el director, el jefe de estudios, etc...no estén multiplicados, donde no hagan falta billetes a cada paso por hacer la menor cosa...Y luego eche una mirada a un país vecino, tan cristiano y civilizado como el nuestro; ahí más los niños crecen, más juegan, no solamente se les deja mucho a su aire, pero que estimamos que es necesario a su formación física y moral; tenemos como palabra de orden esta fórmula : los menos reglamentos posibles; no se les inspecciona sus cartas y se les deja suscribirse a periódicos ilustrados y a revistas; se mira la soledad como indispensable y todo funciona con algunos maestros que enseñan y dirigen a la vez. ¿Puede haber un tal contraste? ¿Se puede uno imaginar algo tan diferente?

No hay filas, no hay campanas, no hay notas, no hay estudios fijos, poca vigilancia...y no hay abundancia. Si sus hijos, Señores, me oyesen enunciar este

programa tan negativo, aplaudirían sin parar y les rogarían pasar el estrecho. Sin embargo, estoy seguro que su entusiasmo caería enseguida; se encontrarían abandonados y sentirían el vacío a su alrededor; esta perpetua responsabilidad les parecería una carga muy pesada, y para resistirlo, les haría falta desplegar una energía superior a la necesaria a sus condiscípulos. Las *public schools* han recibido y se han quedado con alumnos franceses que el temple de su carácter podrían beneficiarles, salían sin haber perdido las cualidades incomparables que son la herencia de su raza, y de los Ingleses tomaban la iniciativa, la decisión, la audacia y el buen sentido que envidiamos; el corazón no les fallaba después para recuperar, con un trabajo asiduo, sus antiguos compañeros, que el terreno de la enseñanza les separo.

Me van a permitir, Señores, para terminar, arrastrarles en una carrera rápida a través de las islas británicas; de paso, echaremos una mirada en los viejos castillos góticos y en las alegres casas de campo donde se forman la juventud viril del Reino Unido; y si consigo describirles los encantos y la belleza, me perdonarán las cosas arduas que les he dicho y que me temo no he sabido hacerlas atractivas. Lo que me consuela, es que no he ido a buscar en los libros los elementos de este trabajo y haciéndoles partícipes de lo que he estudiado “in situ”, entro al menos en lo que es la especialidad de nuestra sociedad – la observación – y rindo homenaje al método poderoso del que deben estar agradecidos a su ilustre fundador.

En el Norte de Escocia, en un valle solitario, donde el Canal Caledonio desemboca en el lago Ness, se alza Fort Augustus, antiguo monasterio transformado en colegio. Es una escuela católica pequeña, el paisaje es salvaje y deshabitado, brezo, rocas y bosques en las laderas de las montañas, ningún tren; hay que venir en barco de Oban por el canal, o de Inverness por el lago. Fort Augustus es el sueño de muchos pequeños Ingleses porque la vida que se hace es totalmente incivilizada, pregunté a unos de sus jóvenes residentes en que pasaban el tiempo: “cazamos en la montaña” me contestó y ¿durante las temporadas de mal tiempo? : “boxeamos”. El colegio es un edificio bonito de granito que no desentona con el paisaje grandioso y sorprendente; pero se siente uno en el fin del mundo y en efecto lo estamos.

Al oeste de Irlanda, para visitar ahora el colegio de Galway, bonita construcción gótica Elisabette; es un externado; no hay comedores, ni estudios, ni capilla, únicamente sillas de conferencias y una biblioteca bien repleta y de la cual los alumnos pueden gozar al igual que del museo; el sistema del externado no está muy bien acogido por nuestros vecinos; lo hemos puesto en práctica aquí para evitar las fricciones entre católicos y protestantes pero esta precaución no ha desarmado a los primeros que prefieren privarse de las ventajas que encontrarían para la enseñanza de sus hijos.

Stonyhurst situado en los alrededores de Liverpool es la principal institución de los Jesuitas en Inglaterra. Es un gran castillo de apariencia majestuosa y cuyos títulos de nobleza no datan de ayer. Los propietarios actuales están en posesión de sus antiguos derechos señoriales y es el padre Rector que los ejerce. Se preparan para los exámenes de la Universidad de Londres la cuál no hace más que examinar a los candidatos y entregarles diplomas. Había sido cuestión de crear un colegio católico en Oxford pero esta idea no ha encontrado mucho apoyo por parte de la Santa Sede y se ha abandonado. También hay en Stonyhurst una cierta cantidad de jovencitos que antes de entrar definitivamente en el mundo, pasan unos meses de prueba; para estos el colegio es un verdadero paraíso, traen sus caballos y participan en las cazas del condado, y no trabajan más que el tiempo justo para que el tiempo no se les haga muy largo por la ociosidad.

Acercándonos a Londres, llegamos a Rugby; los edificios de la escuela coronan una pequeña elevación donde la vista se extiende sobre una comarca monótona y sin caché; país de manufacturas donde el humo de las fábricas ennegrece a menudo el horizonte y país de trenes pues 6 redes diferentes se juntan en la estación de Rugby. Pero los alumnos no ven más que una cosa, que hay setos y barreras lo que es excelente para jugar al *Harc and Hounds* (especie de caza a los papelitos), que la hierba crece muy fina y apretada lo que es ventajoso para el cricket, y en fin, que tienen a su disposición un amplio prado magníficamente sombreado cuyo recuerdo sigue siempre a través del mundo, a los que han conocido sus encantos. Muy lejos, en el campo, vemos levantarse la torre alta de la capilla; es ahí donde descansa Arnold, y su memoria planea todavía sobre su colegio. Rugby tiene un poco más de 400 alumnos repartidos en 7 casas presididas por los profesores principales: la del Director es, ella sola, un verdadero colegio donde hay 70 chicos; hay dormitorios comunes pero cada uno tiene su estudio, donde se aprecian las dulzuras del home.

Harrow, del cual he dado en la *Reforma Social* una descripción detallada, es un conjunto de alegres comarcas hundidas en la vegetación, el aire es más puro, la vista más extendida, a 15 minutos de Londres. La libertad es a lo mejor más completa, más radical que en ninguna otra parte, si exceptúo, sin embargo, una fundación extraña que acaba de desaparecer después de una prueba de varios años : era una República donde los alumnos decidían todo y lo controlaban ellos; hacían su reglamento y no quisiera afirmar que la gestión financiera no les era entregada. Es la exageración del sistema.

La iglesia parroquial está en la colina de Harrow rodeada del cementerio. Allí hay una vieja tumba, una sencilla baldosa de piedra sobrealzada; se ha tenido que rodear de una alambrada para preservarla de los visitantes. Byron niño ha pasado horas sobre esta piedra soñando, contemplando el horizonte lejano; sus maestros se preocupaban bastante ya que los pequeños Ingleses no estaban

normalmente expuestos a dichos sueños; pero Byron se equivocó de carretera viniendo a este mundo; en el momento de marchar cogió un billete para Inglaterra en vez de para Italia

Una última estación en Windsor, en el bosque se encuentra el colegio de Beaumont dirigido también por los Jesuitas. Aquí como en Stonyhurst, mucha comodidad y mucha libertad; los dormitorios y los estudios en común constituyen las únicas diferencias con las *Public Schools*, y, del otro lado de Windsor, en medio de un parque que riega el Támesis, el espléndido colegio de Eton, fundado por Enrique VI; los edificios tienen un aspecto venerable; la madreselva y la hiedra recubren los muros de un risueño abrigo; más allá hay ricos prados “*donde olmos monstruosos extienden sus ramas seculares; sobre las aguas, cisnes; en las islas, bueyes rumian; la corriente voltea y se hunde en el follaje*”. En la capilla, la estatua en macha del fundador; la biblioteca contiene obras raras y manuscritos orientales; el Hall está recubierto de madera de roble e iluminado por altas ventanas con vidrieras. En el momento que pasamos por el patio grande, hay un pelotón de jóvenes, los más mayores, ocupados a hacer ejercicio bajo la dirección de un viejo militar: son voluntarios.

Cerca de Douvres, se distingue un valle verdoso, en el centro del cuál se alza la metrópolis religiosa del Reino Unido; es ahí que, los que nuestro gobierno ha querido quitar el honor de enseñar el culto de Dios y de Francia, han encontrado un asilo bajo la protección (de las leyes) de un país verdaderamente libre. Alguna vez hemos sufrido el pesar que este exilio no fuese aprovechado mejor para los niños que lo enfrentan; hace falta persecución para que un colegio francés se funde en el extranjero; ¿no se podría aprovechar la circunstancia para ampliar un poco el círculo de ideas y costumbres?

En todo caso, si los alumnos de Cantorbéry no gozan de los beneficios de la escuela inglesa, sus ojos reposan sobre los árboles y los campos, sus pulmones aspiran un aire vivificante; es mucho. También hay árboles y campos, y aire puro en Francia. ¿No veremos nunca edificar, en nuestro suelo, liceos campesinos y cerrarse esas cajas grandes de piedra que son las Mazas de la educación?